

ñas, y estas palabras, llenas de austera gravedad y de dulzura inefable: "¿Qué te detienes? Levántate, defiéndeme; Dios, que oyó el juramento de Vergara, te mirará desde el cielo y yo estaré á tu lado." Y el orador se levantó hecho otro hombre; y ese hombre era un pueblo, y ese pueblo alcanzó aquel día en la tribuna nacional una victoria igual á la que había alcanzado en los campos de Vergara.

Y hoy, ¿dónde está hoy ese pueblo vencedor? ¿Dónde está el genio de la libertad que le cubrió siempre con sus alas protectoras? ¿Dónde está el juramento que sus montañas escucharon? ¿Dónde la hermosa aurora de la paz, que amaneció en su horizonte? Todo ha pasado ya; hasta la memoria de todo, borrada por otra memoria que arranca lágrimas de mis ojos, gemidos de mi corazón, y hasta la pluma de mis manos.

Allí están los sepulcros de mil víctimas, y sobre esos sepulcros solitarios se levanta, cantando una bárbara victoria, un monstruo lleno de sangre.

Apartemos la vista de este monstruo. ¿No la aparta Dios también? Fijémosla en aquel sepulcro; allí yace, lejos de sus amigos y de la Patria que le vió nacer, el mejor de todos los hombres ¹, el más leal de todos los súbditos, el más fiel de todos los amigos. ¡Yo te saludo hincado de rodillas, héroe sin tacha, noble caballero! Tu vida y tu muerte fueron ejemplo de virtud. Catón de la presente edad, esta edad no te conoció, y no te merecía. Tú vives en el cielo: esa es tu patria, varón justo. Mirame desde allí, ¡me amaste tanto! Yo te saludo otra vez, y otra vez. ¡Jamás saldrás de mi corazón, memoria querida; nunca te apartarás de mis ojos, sombra doliente!...

Señores redactores, no puedo más.

¹ Según mis informes, la persona á quien se alude es el desgraciado General Montes de Oca.—(NOTA DEL EDITOR.)

PARÍS, 12 de Agosto.

Decía en mi penúltima carta que el Imperio francés se encontró en presencia de una nación; la Restauración en presencia de dos partidos poderosos, y que la revolución de Julio nada había encontrado delante de sí, sino el polvo de la nación y el polvo de los partidos. Esta verdad es tan luminosa de suyo, que sirve para explicar cumplidamente todos los grandes acontecimientos de la Francia en el siglo XIX. Cuando la Francia era una nación, es decir, durante el Imperio, llevó sus estandartes por todas las capitales de Europa. Cuando estuvo dividida en dos partidos poderosos, es decir, durante la Restauración, llevó su estandarte hasta las columnas de Hércules y le asentó en las riberas africanas. Cuando esa nación y esos partidos se han convertido en polvo, la Francia ha perdido su influencia en todas las regiones, y apenas es dueña de su hogar la que fué señora del mundo. Espaciemos si no los ojos por los grandes acontecimientos de Europa en los años que van corriendo.

La Polonia se estremece; en su estremecimiento sacude el yugo que la oprime, y su águila blanca va á afrontarse con el águila negra de la Rusia. Largo fué el combate, largo como sangriento. La Polonia, entretanto, volvía sus ojos desmayados hacia su hermana libre del Sena ¹. Pues bien: la Polonia sucumbió, y esa Irlanda de los pueblos esclavos volvió á doblar el noble cuello ante la espada moscovita. La Bélgica oye la voz atronadora de la revolución de Julio; hace su revolución

¹ La causa de Polonia no tiene nada que ver con la Francia revolucionaria.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

en un día, y al día siguiente ofrece á su madre una corona. La Francia de Julio la tomó en la mano, y la que había ceñido su sien con cien coronas, la dejó caer en el suelo, porque la encontró pesada. Desde que Carlo-Magno, para vencer de la otra parte del Rhin á los sajones, quiso vencer antes á los árabes al otro lado de los montes Pirineos; desde que Luis XIV, para vengar sus grandes humillaciones con una grande victoria, asentó un Borbón en el Trono de San Fernando; desde que Napoleón envió á su hermano á Madrid para vencer en Moscou, y sobre todo desde que sucumbió en Waterlloo, porque no había podido ni desatar ni cortar el nudo de la cuestión española, ha sido una cosa históricamente averiguada que la nación francesa, para resistir ó para vencer al mundo, debe ser nuestra amiga; pues bien: nosotros le hemos tendido la mano, y ella no ha tenido fuerzas para alargarnos la suya. Volvamos los ojos al Oriente: por allí había pasado Bonaparte; Bonaparte, más grande que Napoleón todavía. En las entrañas de aquellas bárbaras regiones se escondía el recuerdo del hombre del Occidente, del hombre de las Pirámides, y también el de la Francia, que había enviado á ese hombre. Del seno de la Siria y del Egipto se alza una voz lastimera que implora la protección de la Francia; en cambio de su protección le ofrece el Mediterraneo, ese lago de la civilización, ese vínculo del mundo. Pues bien: la Francia cierra sus oídos á esa voz lastimera, y asiste como espectadora y con los brazos cruzados al drama del Oriente.

Tal es la situación de la Francia después de la revolución de Julio: situación que nunca ha aparecido tan clara á mis ojos como en las últimas elecciones generales.

El mismo espectáculo que han presentado á nuestra vista los candidatos y los electores, la nación y los partidos en las últimas elecciones, han presentado también los periódicos cuando la muerte del Príncipe heredero del Trono vino á dar un nuevo y amarguísimo alimento á su polémica diaria. Ningún periódico dinástico ha tenido el valor de sus opiniones;

ninguno se ha atrevido á penetrar en el abismo de la situación con la sonda; ninguno se ha atrevido á adoptar las consecuencias de sus principios, ni á proclamar los principios que han dirigido su conducta. El *Diario de los Debates*, periódico conservador, escrito con indisputable talento, y notable por su gravedad y por su aplomo, comenzó su espinosísima tarea, en tan apuradas circunstancias, por dar la enhorabuena á la oposición, que, según el docto diario, había hecho un completo abandono de sus principios anárquicos y de sus ambiciosas pretensiones. Ahora bien: todo esto era lo que aquí se llama, y ahí se va llamando ya, una *mixtificación*, y una mixtificación sin ejemplo en los anales de las mixtificaciones humanas. Los periódicos de la oposición dinástica, desde el primer día, han comenzado á hacer toda la oposición compatible con la decencia. Desde el primer día pidieron la Regencia para la madre del Príncipe heredero; desde el primer día se declararon por la Regencia electiva contra la Regencia hereditaria; y lo que es más, exponiendo la razón de sus opiniones, no tuvieron ni escrúpulo ni empacho en afirmar que querían la Regencia de la madre, porque sería débil; y la electiva, porque la dependencia del Regente consolaría al Parlamento de la independencia del Trono.

Es decir, que cuando el *Diario de los Debates* felicitaba á la oposición dinástica por su adhesión sin límites á la Monarquía, la oposición suscitaba una cuestión de Poder, una cuestión de prerrogativa, una cuestión de supremacía política y social entre el Parlamento y el Trono, entre la Cámara y la Monarquía de Julio. Si ésta fué la conducta de las oposiciones dinásticas, pueden Uds. calcular cuál sería la conducta de las oposiciones radicales.

No por eso dejaba el *Diario de los Debates* de hacer, todos los días cuando menos, una reverencia á la oposición dinástica, hasta que la oposición dinástica puso fin á una mixtificación que sin duda hubo de causarle asco.

Hay un sainete en que un matón, á quien llamaban Mano-

lito el Carpintero, fué traído como en procesión al socorro de las Elenas ó las Sabinas de su barrio, que iban á ser robadas por inhumanos y carnales invasores. Manolito se armó de pies á cabeza, y cubierto de fierro se presentó ante los injustos forzadores con aire amenazador, con adusto sobrecejo y con ademán insolente. Los otros hubieron de descubrir en el Manolito lo que el Manolito no pudo tapar, ni con su insolencia ni con su amenaza; y tomándole el bulto, le pusieron como nuevo. Manolito recibía estas muestras de *adhesión* á su persona con un semblante apacible y con una cara risueña, y saludando afectuosísimamente á sus nuevos amigos, les decía con aquella compuesta majestad que tan bien sienta, cuando son generosos, á los fuertes:

*Ya veis, señores, que, aunque soy tan fiero,
conmigo se consigue todo á buenas.*

Tengo entendido que ese Manolito, habiendo seguido después de esta aventura unos cuantos cursos en la Scrbona, escribe ahora en el *Diario de los Debates*.

Si se considera que éste es el periódico en donde han buscado su refugio todas las ideas monárquicas que existen en el seno de la revolución; si se reflexiona que es el órgano más puro del partido conservador en Francia, y si se fija la atención en que todo el talento de sus redactores está exclusivamente empleado en adormecer la opinión, en disimular los riesgos que corren las instituciones, y en arrojar un velo sobre los insondables abismos, una tristeza profunda se apodera del alma, y uno pregunta á los que se encuentran al paso, lleno de involuntario terror: "¿Pasó anoche la Monarquía escoltada de sus hombres?", Y al amanecer de cada día, la misma ansiedad obliga á hacer la misma pregunta.

Por fortuna, no pasará tan pronto¹ como era de temer esa

¹ Pocos años, seis únicamente, le quedaban de vida á la sazón.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

institución sublime, gracias á sus adversarios y á pesar de sus defensores.

Con efecto: para hablar dignamente de los periódicos de la oposición y de su conducta en estas circunstancias, sería necesario hacer antes un rebusco esmerado en el repertorio dramático de nuestros comediantes de la legua.

Cuando el *Diario de los Debates*, conociendo al fin lo ridículo de su posición, repitió contra sus adversarios políticos las palabras amenazadoras, que éstos tenían en los labios, la oposición dinástica sintió en los tuétanos de sus huesos el mismo terror que el *Diario de los Debates* cuando hacía sus reverencias. Manolito el Carpintero, ese redactor universal de periódicos, dejó al *Diario de los Debates* y fué á escribir en *El Constitucional*, en *El Correo* y en *El Siglo*. Su situación, sin embargo, era insostenible; por una parte, estos periódicos habían echado fieros y amenazas por la boca; y por otra, no tenían aliento ya para conformar á sus principios sus actos. En tan apurada situación, su nuevo redactor les apuntó una idea que acogieron con aclamación unánime, como parto de tan clarísimo ingenio; esta idea consiste en defender en la tribuna los principios proclamados, y en votar después contra esos mismos principios. Así satisfacen á un tiempo mismo... me equivoqué: primero á su honra, y después á su pavora.

Considerada desde este punto de vista la discusión sobre el proyecto de ley constitutivo de la Regencia, no dejará de ser curiosa; allí veremos á los puritanos de la izquierda proclamar los principios más patrióticos en sus discursos, y sacrificarlos después en sus votaciones, todo para la mayor honra y para el mayor provecho de la Patria. Allí veremos revolucionarios que no entienden de achaque de revoluciones, y conservadores que no entienden de achaque de Monarquías. Pues ¿no están creyendo los revolucionarios que han hundido en la huesa á los conservadores porque les han quitado á Dufaure y su imperceptible falange? Pues ¿no están creyendo los conservadores que han ganado la más descomunal batalla con el más descomunal

gigante, porque han sacado á su candidato Presidente por unos cuantos votos? Si esto sigue como va, esta nación, que ha echado á refir con la Europa á un tiempo mismo catorce grandes Ejércitos, llamará dentro de poco, como los niños, batallas campales á las batallas de alfilerazos.

PARÍS, 20 de Agosto.

Ocúpase la Cámara de los Diputados en la famosa discusión sobre el proyecto de ley que constituye la Regencia. Ustedes, que tan cuidadosos se han manifestado siempre de tener á sus lectores al corriente de las discusiones más importantes del Parlamento francés, no habrán abandonado ciertamente en esta ocasión su antigua costumbre; por esto, y porque para manifestar á Uds. mi opinión sobre estos debates solemnes es necesario de toda necesidad considerarlos en su conjunto y después de concluídos, me reservo para manifestar á Uds. mi manera de sentir en este particular más adelante.

Entretanto los lectores del *Heraldo* no llevarán á mal que ocupe su atención con algunas consideraciones sobre los principales oradores de la Cámara francesa, aprovechando esta ocasión en que todos hacen vistoso alarde de sus armas.

El primer orador eminente que ha entrado en el debate sobre la cuestión de la Regencia, ha sido Mr. de Lamartine, y Mr. de Lamartine es uno de aquellos hombres que más poderosamente llaman la atención de los que, como yo, son inclinados al estudio de los caracteres y del corazón humano.

Poeta de primer orden y político ambicioso, vivió sus primeros días atormentado por su genio, y vive hoy atormentado por su orgullo. Su educación literaria fué clásica; su educa-

ción política, monárquica; su educación moral, religiosa. Cuando nació á la vida de la inteligencia, miró alrededor de sí, y sus ojos pudieron contemplar, llenos de espanto, la sangrienta huella que en el suelo de la Francia habían dejado las revoluciones. Tenía á la sazón en sus manos el estandarte de la reacción política, religiosa y literaria Chateaubriand, cisne divino que cantó á la Europa los cánticos del cielo: poeta inspirado, misionero sublime que, para derramar por todas partes la palabra evangélica, la palabra civilizadora, abandonó su hogar y se fué peregrinando por el mundo. Las obras de Chateaubriand fueron el primer encanto de Lamartine; la gloria de Chateaubriand fué su primera ilusión, y como la primera, la más pura de todas sus ilusiones; alcanzar también esa gloria fué su primera esperanza. Dotado de una riquísima vena, de una imaginación ardiente á un mismo tiempo y fecunda, nutrido con la lectura de todos los grandes poetas y llevado como por la mano por el más grande poeta de su siglo, Lamartine puso sus ojos en Dios, sus manos sobre la lira, y dejó escapar de sus labios los más puros, los más blandos, los más inefables acentos. Entonces dió á luz sus primeras *Meditaciones*.

Estas *Meditaciones* serán siempre el más suave manjar para las almas tiernas, religiosas y doloridas; en ellas Lamartine no es un poeta que canta, es un poeta que gime, y, sin embargo, no gime como los demás hombres; gime como los poetas, cuyo gemido es un consuelo para los desventurados del mundo. Consideradas estas primeras *Meditaciones* bajo el aspecto del arte, son un modelo en el género religioso y elegíaco. Distínguese por la suavidad de los toques, por lo correcto de la dicción, por la blandura de las tintas. Es monótono, porque es monótono el dolor, pero da el último toque á sus composiciones tan á tiempo y con tan maravilloso artificio, que evita siempre el cansancio, ese escollo de los poetas plañidores y lastimeros; yo no conozco nada más difícil que acertar á dar la conveniente extensión á las composiciones consagradas á la expresión de las melancolías del alma y á la alegría de los fes-